

## **DESDE LA PANDEMIA DE LA COVID-19: EL IMPERATIVO ÉTICO EN EL QUE NOS CUESTIONAN Y NOS DEMANDAN LAS PERSONAS MAYORES**

Lección inaugural del curso 2020/2021 del  
Centro Asociado UNED Tudela  
26 de octubre de 2020  
Ana M.<sup>a</sup> Marcos del Cano  
Catedrática de Filosofía del Derecho UNED

### **I. Introducción**

La pandemia del coronavirus está arrojándonos a una incertidumbre existencial, está infligiendo una brecha irreparable en los muros en los que hemos pretendido inmunizarnos. Nos es difícil deslindar las franjas de lo imprevisible y de lo que se podría prever.

Esta segunda ola acomete con fuerza, golpea sin piedad y genera muerte, regresión y deterioro en todos los órdenes, sobre todo en el ámbito económico y político en el que se están tomando decisiones que serán decisivas para nuestro futuro, tanto en nuestro país y en el resto de Europa, como en el mundo entero.

El suelo en el que nos asentamos se está virando y exhortándonos a que, si queremos afrontar un presente y futuro sostenible, verdaderamente humano, solidario y creador, no hay otro camino que el reconocimiento de la alteridad, del otro, de su dignidad.

Las preguntas siguen estando de fondo: ¿Aprenderemos algo de todo esto, cuando ya estamos inmersos en la segunda ola? ¿Qué se nos quedará de esta visión diaria de ataúdes, hasta de cartón porque no había madera para tanta muerte? ¿Qué sociedad se configurará después del paso de esta enorme bestia de la COVID-19 que con saña y furia se ha cebado en la carne, en la precariedad sustantiva humana, evidenciando su fragilidad radical? Ha exterminado vidas inocentes, blandiendo sin piedad el hacha a existencias que soñaban con una ancianidad dorada y duradera, rodeada del afecto de los suyos y de personas cuidadoras, envolviéndolas en calor y esperanza.

Estamos asistiendo a uno de los momentos más fuertes de la *tardo-modernidad* que ha concitado en este breve espacio de tiempo multitud de reflexiones de todo género desde distintas perspectivas. Como dice Habermas, en un reciente artículo sobre esta pandemia, "esta crisis nos

ha demostrado que nunca se ha sabido tanto sobre nuestra ignorancia y sobre la compulsión de actuar y vivir bajo la incertidumbre" (HABERMAS, 2020, p. 117).

Esta pandemia nos ha hecho pregunta, personal y socialmente. En nuestra mano está no enterrarla con noticias, informaciones, evasiones al fin. Como afirma el primer informe del *Comité de Bioética de España* sobre la pandemia del 25 de marzo de 2020, "esta epidemia grave, como otras crisis, debe ser también vista como una oportunidad para reflexionar y avanzar". Este momento fuerza más a interioridad que a miedo, a mirar de frente y sin velos y a discernir qué es lo valioso. ¿Cómo está afectando ahora y en el futuro a nuestras vidas, a nuestros proyectos y, sobre todo, a los valores sobre los que fundamentamos nuestra sociedad y legitimamos nuestros Estados de Derecho y democracias? Esta crisis está socavando las bases de ordenamientos jurídicos, de organizaciones tanto nacionales como internacionales. Hay un clamor social por otro tipo de quehacer político y de responsabilidad.

En esta sociedad del bienestar en el ya entrado siglo XXI, nada hacía presagiar tal desmoronamiento producido por un virus, que ha hecho estallar los débiles cimientos sobre los que estaba construida. Una fe ciega en la ciencia, en la técnica, en el progreso, en el individuo como tal, sin otros referentes que él mismo y sus propias creaciones, ha evidenciado su tremenda vulnerabilidad. Algo que ya se venía anunciando desde muchos ámbitos tanto sociales como culturales y académicos. Todo indica que estamos ante un cambio de época, de paradigmas. El propio presidente de la Conferencia de Seguridad de Munich, Wolfgang Ischinger afirmaba hace poco que cuando el orden internacional empieza a desmoronarse, hay que creer en el poder vigorizante de la crisis. No hay que desperdiciarlo. Esta

Así, si hay algo que se pudiera afirmar como positivo, en toda esta catástrofe que estamos viviendo con la pandemia del coronavirus, es que ha hecho emerger al debate público realidades que teníamos marginadas, "confinadas". Nos confinamos todos para que sólo se hablara, durante algún tiempo al menos, de nuestros mayores, de las residencias, de sus muertes, del final de la vida y de los profesionales del cuidado, fundamentalmente los sanitarios. Nunca como antes se han oído las palabras fragilidad, vulnerabilidad, incertidumbre.

El fenómeno es de tal magnitud que obliga a descender a dimensiones de misterio, de pregunta radical por la existencia, ¿qué es la vida? ¿qué humanidad somos y estamos construyendo?

Desde aquí, mi contribución quiere hacerse desde la reflexión sobre el valor de la vida, aproximándome desde un punto de vista existencial, pues cuando la muerte llega tan de frente y nos anega, se revaloriza la

vida en su sentido más profundo, en concreto en dos ámbitos: nuestros mayores y el final de la vida.

## II. Acercamiento filosófico-existencial a la vida humana

Si algo nos ha conmovido en esta pandemia de la COVID-19 es la sucesión de muertes, sin parar, que se han producido día tras día. No nos podíamos acostumbrar (o no debíamos) a escuchar en los medios cada día la cifra de fallecidos (600, 500, 400) y hasta se decía que íbamos bien porque iban descendiendo las cifras. En la actualidad sobrepasan las 200 personas fallecidas.

Qué fuerte escuchar esto desde la lejanía, en la que la *banalidad del mal*, como decía Hanna Arendt, se va apoderando de nosotros/as sin tener en cuenta el valor de una vida, sola y única, con su historia, su biografía, sus vínculos. La vida de una persona no es un eslabón en la cadena de la vida y nada más. Hemos generado una matemática que suplanta al sentimiento, al valor, a la compasión, donde el tiempo es producción.

La insistencia en la muerte a la que la COVID-19 nos ha condenado, a no poder dejar de sentirla y contemplarla, no queremos olvidarla ni relegarla a una pesadilla superada.

Esto mismo nos lleva a repensar qué es la vida desde una aproximación existencial, además de ética y jurídica. ¿Qué valor tiene la vida más allá de la productividad? ¿Qué sentido puede tener el trabajo realizado, la creatividad y toda la significatividad en la que se ha labrado una identidad personal en todos los aspectos familiar, social, cultural, artístico, religioso?

La vida en sí misma trae una profundidad de misterio, nada controlable, ni su origen ni tampoco su final. Aun cuando Heidegger definiera a la persona como un ser para la muerte, caracterizado por la angustia de la propia finitud, él mismo no puede explicar el origen de la vida misma. Afirma que "se da", "se dona", es el "hay", es el "es gibt", es un hecho indiscutible del que no podemos prescindir, es ese estar arrojado (HEIDEGGER, 2003, p. 190). La vida *nos es disparada a quemarropa*, sin que nadie nos haya preguntado por nuestro querer, decía Ortega y Gasset (ORTEGA, 2004, p. 96). Y desde ese ser arrojados a la existencia, debemos empezar a construir nuestra propia y originaria vida. En este sentido y desde otro ámbito, se expresa también el teólogo Karl Rahner (INSTITUT FÜR KIRCHLICHE ÄMTER UND DIENSTE 2020, p. 14), cuando afirma que *no somos de nosotros mismos*, hemos comenzado y no hemos fijado y decidido este camino nosotros mismos.

Y seguimos, ¿qué es la vida humana? Más allá de sus definiciones biológicas, incluso biográficas, la *vida auténtica* en palabras de Heidegger, o *vida lograda* en el pensamiento de Kierkegaard, existencialmente podríamos decir que la vida es un espacio y un tiempo que se da a un ser único y singular para que precisamente se halle y se descubra en el propio misterio que es en sí mismo. Y normalmente, como también diría Ortega y Gasset, nuestra conciencia y construcción es hacia fuera, somos por medio de una *extroversión*, que en muchas ocasiones, más nos asemeja a los animales, y dejamos sin tocar lo propiamente humano, cual es el hallazgo de la propia interioridad, del yo más profundo que cada uno es, la capacidad de *ensimismarse*, esto es, de intimidad, de recogerse dentro de sí.

La vida en sentido *axiológico* es para Ortega, lo más profundo de la vida, la propia, la originaria, lo que cada cual denomina su vida. Todas las aproximaciones biológicas, naturalistas, científicas no sirven para definir lo que sentimos como más estrictamente humano. Para él, la vida es “esa extraña realidad que no es una cosa física o psíquica, es un puro acontecimiento de carácter dramático” (ORTEGA Y GASSET, 2004, p. 90). Conviene, pues, abandonar todo reduccionismo biológico en la comprensión de la vida humana, el sentido filosófico nos lleva a que el ser humano para construir su propia vida tiene que decidir, tiene que saber de su vida. En este mismo sentido, el existencialista francés Gabriel Marcel (MARCEL, 2004) rechaza cualquier reducción del hombre a un conjunto de funciones, las cuales llevan a la persona a un vacío desesperante y considera que la misión de la persona es la búsqueda del ser, del misterio ontológico que le constituye, entendiendo *misterio* no con un contenido sagrado de pertenencia a una determinada religión, sino como categoría filosófica.

Así, la vida humana en su profundidad entendida es la vida de cada cual, es única, personal, no es pensable en claves o conceptos generales, por lo tanto, es responsabilidad de cada uno/a, intransferible. La vida se nos da sin hacer y tiene que ser hecha a base de decisiones. Ortega prefería siempre la definición del hombre, no como *homo sapiens*, sino como *homo insciens*, *insipientes*, como hombre ignorante, el hombre que, desde la indigencia y finitud, tiene que hacerse libertad.

La vida, en este sentido, es la que genera la identidad de cada uno/a y la preservación de esa identidad es una de las cuestiones fundamentales de la vida, el cumplimiento de nuestros objetivos, es lo que Husserl denominaba la *autoconservación*, pero no de la vida biológica, sino de los objetivos y metas que fijamos como las fundamentales, es una situación de vida *lograda*.

Y es que nadie estrena la humanidad, todos venimos precedidos, es lo que Dilthey denominaba la *esencial preexistencia* y este precederse le

otorga un carácter de continuidad y de originalidad a la vez. Esta concepción de la vida, le otorga una condición de transcendencia mayor que el propio sujeto, saca de las fronteras del yo la propia vida y le otorga un carácter social. Ese *otro* que en Ortega no aparece tan claro, sino como *circunstancia*, como mundo, ha venido a formar parte de la filosofía de otros pensadores, como aquellos que configuran lo que se ha denominado el *pensamiento nuevo*, como E. Lévinas, para quien el ser humano no podía entenderse sin el otro, es más, ese otro sería lo que le configurase y su mayor imperativo, de tal modo, que la intimidad de la que hablaba Ortega no podría darse sin ese *otro* que habite esa intimidad propia.

Esta interacción radical entre el yo y el mundo, el yo y el otro, nos viene a dar cuenta de que el principio de autonomía anclado desde la modernidad como principio último y primero, en la toma de decisiones en el ámbito público y privado, creando así un individualismo autoafirmante, no puede recoger a la persona, a la vida humana en su totalidad, sino da cabida a los *otros*. También para Marcel al reconducir su concepción de la persona al *ser encarnado* sostiene que ahí se dan cita el recibir, el sentir y las relaciones entre conciencias, lo que le aleja del solitario “yo” para dar el paso al “tú”, a la apertura, al recibir, al acoger dentro. Hasta llegar a decir que sólo me comunico conmigo mismo, si me comunico con el otro. Solo accedo a mi propia profundidad en la medida en que podamos acceder a los otros.

En el fondo, el solipsismo de un yo *autónomo* constituye una extrañeza de lo humano, porque donde no se da cabida a los otros, hay vacío, hay intemperie del ser humano, hay un estrechamiento de lo social en detrimento de unos pocos aventajados. Y, es más, si consideramos la vulnerabilidad como constitutiva de la condición humana (MARCOS, 2020, p. 24). El no asumirla, nos aleja de nosotros mismos, en definitiva, de lo que es ser verdaderamente humanos, que es la esencia de la vida, si de esencias se permite hablar todavía en estos tiempos postmetafísicos. Precisamente, Nussbaum en una reciente entrevista sobre la pandemia de la COVID-19, se muestra optimista, afirmando que esta crisis en la que hay que pararse a pensar, se debería pensar bien, poniendo de relevancia la necesidad de promover la verdadera igualdad y una democracia social (NUSSBAUM, 2020, p. 201).

Y es que cuando olvidamos esta pregunta existencial por la vida propia, sobre su valor, estamos empujándonos una y otra vez hacia delante, sin que eso lleve una recreación real de nosotros mismos, nos exterioriza, nos hace un presente sin memoria que dificulta esa percepción de lo real más allá de lo constatable y eficiente. Esa exterioridad a la que nos lanzamos deja en un vacío nuestro interior que implica que la única relación que tengamos con el exterior sea el dominio, la posesión, la producción

y no una relación de creación. Así la vida se pasa tantas veces en tareas de fuera que se pierde la profundidad y misterio que trae la persona en sí mismo, que como el propio Adolphe Gesché dijera, *el hombre es un misterio en sí mismo*, que nunca acaba de ahondar tanto en sí mismo que se pueda conocer totalmente.

### **III. Las residencias de mayores y el final de la vida**

Si hay un ámbito que la pandemia de la Covid19 ha incorporado de golpe al debate público ha sido el de las residencias y el cuidado de nuestros mayores, cuestión que no está resuelta y que obliga a pensar en propuestas creativas por estar y vivir en una sociedad muy marcada por una población cada vez más envejecida. Los mayores en esta pandemia se han erigido en voz propia, en reivindicación de justicia, ante la sociedad y responsables políticos. Ya no es un fenómeno de asistencia, sino es existencial, pues configura la sociedad y deja de ser un asunto “privado” que deben resolver familias, individuos y sus allegados, a constituirse en un lugar de futuro decisivo y de comprensión de significado y afronte, en el mismo nivel que están la sanidad y la educación.

El gran número los fallecimientos producidos en nuestro país en las residencias de mayores ha puesto en el centro del debate no sólo su gestión, sino la problemática de la tercera edad. Mucho se ha especulado sobre la cuestión de su atención, de su traslado o no a los hospitales en los momentos de mayor presión en el sistema sanitario, de las prioritizaciones en las UCIs, pero poco se ha dicho sobre el porqué de la existencia de estas residencias. Incluso puede pensarse que es provocativo el plantearlo, -es evidente que en los casos de personas gravemente dependientes y por indicación terapéutica, las residencias son una necesidad indiscutible-, más bien habría que pensar entre todos, cómo conjugar espacios de relación, de referencialidad con las personas mayores para no excluirlos ni marginarlos de la sociedad, como en muchas ocasiones los dejamos. Y, por otro lado, el cuidado y acompañamiento al final de la vida que en esta pandemia ha sido especialmente lacerante dejando a muchas personas morir en soledad y sin que sus seres queridos pudieran despedirse de ellos.

Si algo nos ha enseñado la pandemia de la COVID-19 es que, en este mundo rápido y estresante, podemos parar, podemos habitar nuestras casas, que necesitamos las relaciones personales, los abrazos, vernos, hablar. Hemos aprendido que eso es lo esencial en nuestras vidas y lo más personal, lo que nos constituye, lo que da valor a nuestras vidas y nos fundamenta. ¿Por qué vivimos tan proyectados hacia fuera, trabajo,

ocio, emprendimientos? En esta vida que hemos configurado en nuestra sociedad se ha instalado en los márgenes a las personas mayores, a aquellos que nos han traído al mundo, que nos han posibilitado todo cuanto hemos sido, que nos han cuidado y dado lo mejor que tenían para que pudiéramos salir adelante. Y la pregunta va de suyo ¿es que no hay otra forma de configurar las relaciones con la tercera edad? ¿No hay otra forma de vivirnos? ¿De verdad que no es posible que podamos compartir nuestra vida, nuestro tiempo, con aquellos que nos cuidaron y ahora nos necesitan?

Pareciera que, en este ritmo vertiginoso de trabajo, de ocio, de proyectos, nos hemos olvidado de la relación, de lo que realmente nos constituye y nos hace ser. Cuántas veces nos sentimos reconfortados no por dónde estamos ni por lo que hacemos, sino por con quién estamos.

Con estas apreciaciones no quisiera yo ni volver a reivindicar el cuidado de los mayores en los hogares familiares, ni tampoco demonizar la existencia de las residencias. En la época en la que estamos viviendo, ya de la *tardomodernidad* en la que el principio de autonomía y de autorrealización está inscrito en nuestros genes, somos ya otra sociedad de la que provienen nuestros mayores, ¿cómo conjugar ese principio de autorrealización de cada persona, con ese cuidado y esa referencialidad a sus mayores?

Las residencias cumplen hoy un valor social insustituible en situaciones de extrema dependencia, pero a la vez nosotros/as, hijos/as, de la modernidad, expertos en la organización de nuestro tiempo, nos preguntamos cómo conjugar esta nueva vida con espacios en los que se pueda establecer otro tipo de interacción, y, sobre todo, el otorgar a los mayores el valor que tienen, toda una vida cargada de sabiduría y de experiencia en todos los ámbitos.

Estamos ante un gran reto: qué juego hace la sociedad entre el que me permita a mi tener una vida suficientemente propia como mi vida, mi trabajo, mi profesión, mi ocio, mi familia y, al tiempo, estar allí con ellos. ¿Cómo compaginar las realidades más personales autónomas y justas, con las realidades de los otros, de los mayores? ¿Cómo se puede hacer viable social y humanitariamente la creación de espacios de revalorización y, al tiempo, de creación de sentido, de dignidad? A la vez que es necesario no caer en una culpabilización de los hijos que no tengan la sensación de estar huyendo de sus deberes básicos. Habría que crear aquí una mediación, unas estructuras. Y ahí habría que elevar el nivel de la asistencia a una calidad humanitaria altísima, que daría toda una nueva sensibilidad cultural social y cultural. Y al tiempo posibilitaría despliegues personales a cuidadores, a formadores, esto es, extendería a toda la sociedad el valor del cuidado entre unos y otros. ¡Sería deseable ser cuidador/a! Y ese

cuidado no ceñirlo únicamente a las cuestiones asistenciales, sino sobre todo a una escucha, a dar motivación a quien está cansado de vivir, a quien se encuentra frustrado por lo que no ha sido, en el fondo, se trata de una cuestión de sentido. Ellos necesitan nuestro tiempo, para recoger con ellos sus vidas. Necesitan ser introducirlos en diálogos esenciales, porque ¿qué experimenta alguien que está constatando, vivenciando existencialmente su acabamiento?

En el fondo es caer en la cuenta de que la vida no es hacer cosas, proyectos, tan solo, es el cultivo de las relaciones, ahondar y cuidar también en aquellas que tanto don nos han sido cuando nosotros/as éramos totalmente dependientes.

Esta sociedad tiene una gran deuda con los mayores y esta crisis del coronavirus lo ha puesto de manifiesto y no es cuestión solo económica, de las pensiones, sino de un reconocimiento, de un valor, de un cuidado, de configurar entre todos una humanidad en la que ningún colectivo por su edad y condición quede al margen, sino que sea una sociedad de cuidado recíproco, en el que se reconozca el cuidado como valor público, como apuntan ya todas las éticas del cuidado, cada vez más en auge (GARRAU, 2018). De hecho, el propio Alain Touraine, acaba de afirmar que “esta crisis va a empujar para arriba a los cuidadores” (TOURAINÉ, 2020, p. 141).

Y qué decir del tratamiento del final de la vida en esta pandemia. Quizá sea este uno de los aspectos más dolorosos e inhumanos que nos han tocado vivir. Ser partícipes del final de la vida humana es una actividad connatural de la labor de los profesionales de las ciencias de la salud, sin embargo, en situaciones de crisis como el caso de la pandemia del coronavirus, en los que el sistema de salud se ha visto colapsado es especialmente importante. Y no sólo es la soledad en la que han muerto miles de personas, sino que ni siquiera muchos de ellos han podido ser acompañados en su funeral, pues se ha restringido la asistencia a dos o tres personas. Si ya Antígona pasara a la historia para siempre por no obedecer las normas que impedían enterrar a su hermano en la ciudad, ahora mismo, cuántos habrá que hubieran transgredido el derecho para poder estar con sus seres queridos.

Precisamente, antes del establecimiento del estado de alarma, se estaba debatiendo en el Congreso de los Diputados la Proposición de Ley orgánica sobre la eutanasia en nuestro país que continúa actualmente. En este debate se está haciendo caso omiso a los que “desde la otra orilla” aducíamos que era necesario abordar al mismo tiempo una ley de cuidados paliativos, pues eran situaciones que se daban en un mismo contexto. Pero se desoye. No es ahora el momento de realizar la crítica a esta propuesta, ya la he hecho en otro lugar, pero lo que quiero traer es que

precisamente lo que se desoye en este debate, es lo que ha emergido con fuerza con la crisis del coronavirus, la atención al final de la vida por parte de los equipos de cuidados paliativos y de atención domiciliaria, que han hecho una labor encomiable, en muchos casos heroica llegando a dar la vida, en esta tremenda pandemia.

De hecho, hay muchas experiencias en este sentido en nuestro país (TARAZONA et al, 2020). Me quiero referir como ejemplo a la experiencia del Grupo de Paliativistas del Hospital Río Hortega de Valladolid, junto a equipos de multiprofesionales, se lanzaron al cuidado de las personas mayores en las residencias en la pandemia del Covid19, evidenciando la necesidad de afrontar esta situación de sufrimiento colectivo, individual, sanitario y social, desde la puesta en marcha de equipos multidisciplinares, coordinando los recursos sociales y sanitarios disponibles, ya que la situación actual necesita de cambios asistenciales antes no creados y que la necesidad presente y futura los va a necesitar. Han publicado un libro con sus consideraciones y testimonios y desde ahí se puede constatar cómo precisamente era en las residencias donde más fuertemente estaba golpeando el bicho (GARCÍA, 2020), que paso a describir como muestra real de lo que ha ocurrido.

“Allí se encontraban personas frágiles y vulnerables, donde eran pocos los referentes para mantener un mínimo nivel cognitivo en algunos pacientes ya muy deteriorado. Estaban afectivamente aislados de sus familias, de sus cuidadores de siempre, que acudían con atuendos galácticos que les impedían su identificación, aumentando su soledad y su ya dañada funcionalidad día a día por el aislamiento en sus habitaciones, asustados al recibir de forma velada noticias sobre el fallecimiento de sus compañeros. Pacientes ancianos situados en una sensación de soledad y muerte inminente que hubiera atemorizado al más fuerte y fornido de nuestros héroes. Había que ayudarles, de una forma coordinada, amable, segura y eficaz. Y así lo iniciamos. Con toda nuestra inseguridad y miedos. Y con toda nuestra esperanza”.

“Nuestras primeras visitas nos situaron en la realidad. Ya no veíamos el trato cercano y afectuoso que se solía dar en estas residencias a los ancianos. Estaban aislados, asustados, los sanitarios y cuidadores no tenían suficientes medidas de protección y los trabajadores expuestos y sin EPIS (equipos de protección individual), atendían de habitación en habitación. Al no estar separados pacientes con síntomas de pacientes estables, el contagio era previsible e inevitable”.

Los miles de personas que han fallecido sin poderse despedir de sus seres queridos, en soledad y sin acompañamiento espiritual ni religioso, es quizá la herida más profunda que la COVID19 ha dejado en el corazón de muchos. Justamente, en el momento final de la vida, de tanta

esencialización y de definitividad de la vida, en la que aparecen todos los elementos de oscuridad que lleva consigo la existencia, las pérdidas, lo que no ha podido ser, se hace vital el apoyo y la presencia de una persona de confianza.

En este mismo sentido se pronunció el Comité de Bioética de España en plena pandemia (abril 2020) en la *Declaración sobre el derecho y deber de facilitar el acompañamiento y la asistencia espiritual a los pacientes con covid-19 al final de sus vidas y en situaciones de especial vulnerabilidad*, abogando por procurar que una persona del entorno del enfermo pudiera acompañarle.

Y es que decía este informe, aunque sea imperativa la adopción de medidas muy estrictas para prevenir la transmisión de este virus, es necesario "facilitar un entorno más compasivo en el morir de estos pacientes, lo cual forma parte de la auténtica calidad asistencial. Igualmente, hay pacientes vulnerables que presentan unas necesidades específicas de apoyo y acompañamiento que no se están ofreciendo en todos los casos". De hecho, pone de manifiesto cómo ya en algunas Comunidades Autónomas, así como en residencias de mayores y hospitales, se han establecido guías y protocolos en los que, manteniendo las estrictas medidas de seguridad, se permita que la persona esté acompañada.

Asimila esta situación de necesidad de apoyo espiritual, de acompañamiento y religioso, a la indicación terapéutica en la que hay que tomar las constantes a un paciente cada cierto tiempo. Así dice, "si es importante la toma periódica de las constantes de un paciente adoptando las máximas medidas de protección por parte de los profesionales, no hay duda de que procurar el oportuno acompañamiento de un ser querido en el momento de la muerte, así como el apoyo espiritual o religioso cuando lo soliciten, es un esfuerzo a todas luces justificado y un acto superior de humanización".

Además, tanto el acompañamiento como el apoyo espiritual o religioso constituyen igualmente derechos proclamados en diferentes regulaciones de derechos de los pacientes y que han cobrado especial relevancia estos últimos años dentro de los diferentes planes de humanización de nuestro sistema nacional de salud.

La misma declaración reitera en este momento la aplicación de la filosofía de los cuidados paliativos. Ya desde los inicios con la Dra. Saunders, fundadora del St. Christopher's Hospice, manifestó la necesidad de abordar el "dolor total", incluyendo aquí los aspectos psicológicos, sociales y espirituales del sufrimiento (MARTIN, 2020, P. 70). En estas situaciones de agonía de los pacientes en los momentos finales de su vida, junto a la mayor calidad asistencial y humana que sea posible, se hace necesario incluir criterios de atención psicoemocional, espiritual,

religioso y de acompañamiento familiar, pues todos ellos contribuirán a evitar duelos patológicos y al agravamiento de las situaciones de vulnerabilidad.

Y es que la voz del paciente ni siquiera se extingue con su muerte, ni tampoco la de sus familiares. El modo en el que haya muerto y sus circunstancias quedarán grabados para siempre en el corazón de sus familias. Son momentos únicos en los que la presencia de los seres más allegados es fundamental tanto para la persona que se va, como para los familiares en los que supone un desgarramiento tremendo el no poder acompañarlos, que puede conllevar a duelos patológicos en el entorno familiar, volviéndolos aún más vulnerables.

En este mismo sentido, los sanitarios deberán estar más familiarizados con la muerte, el duelo y la pérdida, con el acompañamiento al paciente y a los familiares en el tramo final de la vida. Curiosamente ahora al hablar de muerte digna se está cambiando su contenido, es más esa muerte sea acompañada, con apoyo espiritual, religioso, si fuera el caso, en el que la persona pueda entregar confiada toda su vida. Es más, se ha abierto una mayor sensibilidad en todos los profesionales de la salud en el hecho de que no sólo deben luchar contra la enfermedad, sino ayudar a que los pacientes la vivan lo mejor posible y acompañarlos en el tramo final de la vida. Se ha demostrado que no se puede sólo reservar este último cuidado, en la mayoría de los casos habituales, únicamente a los especialistas en cuidados paliativos.

#### **IV. Reflexiones *in fine***

En esta pandemia han emergido al debate público dos cuestiones de gran calado para la configuración de nuestra sociedad, el cuidado de nuestros mayores y el final de la vida. Tenemos que ser capaces entre todos de crear un pensamiento amplio, integrador y constatar la complejidad que es, que ya está siendo para el futuro de nuestra sociedad. Los mayores, por su misma fragilidad, insostenibilidad, deterioro, anulación hacia la que caminan, demandan y gritan la presencia, la cercanía, la humanidad, la profundidad existencial de los otros. Lo cual nos lleva a reconocer que lo débil, lo que no se sostiene en sí mismo, postula la cercanía y diríamos, la totalidad de los otros, en cierto modo, al encontrarse en una situación de tal indigencia que se vuelve exigencia de lo más humano.

En este fenómeno nos está llegando un interrogante existencial que conmueve, sacude los cimientos de las instituciones, de las políticas, de la economía, de las relaciones más íntimas, más estrechas que se han

podido vivir, crear y constituir el sentido mismo de la vida, como unos padres que han engendrado hijos, personas que han posibilitado y aportado tanto a la sociedad en diversos órdenes, áreas, profesiones. Está interpellando la reciprocidad, pregunta por la gran cuestión de la deuda de unos a otros. Más allá de los costes, la deuda que afronta los niveles de justicia y dignidad de lo humano.

Lo grave de la cuestión radica en que, siendo así, que la tercera edad demanda de la sociedad, de las relaciones, vinculaciones, sentidos, totalidades, no puede constituirse en algo único y absoluto. La vida debe continuar para los que están aún en plenas facultades de autorrealización. También a medida que la tercera edad va a ser mayor que la población activa, puede generarse una diferenciación, una fosa, donde unos y otros caemos en un sinsentido de la existencia. Porque el que hoy está activo mañana ve su fin. Puede haber una ruptura social histórica, en la que pelagra la misma continuidad y la relacionalidad y reciprocidad sustantiva de lo humano.

Y a la vez, esta situación puede ser de un potencial humanizador inmenso que nos haga reciprocidad unos para con los otros. Al final, se trata de ir hacia la búsqueda de un sentido de para qué vivir, para qué nacer, para qué trabajar, para qué existir, como que golpea las motivaciones mismas del existir. Porque si uno prevé que el final que le espera no va a ser digno, de cuidado, de acompañamiento, la salida puede ser la eutanasia, como ya está requiriéndose en nuestro Parlamento, y así ya has quitado un problema a la sociedad y a ti.

La sacudida de la COVID19 nos ha creado una conciencia mucho mayor como sociedad sobre la necesidad de mejorar la atención al final de la vida, se ha afinado la sensibilidad, se ha dado un nuevo contenido a lo que es una muerte digna, una muerte acompañada. Esta pandemia nos ha dejado a todos/as en una tremenda vulnerabilidad. Ello lejos de ser negativo, puede ser un revulsivo para crear una nueva relacionalidad y revalorizar la ética del cuidado y unas políticas públicas que la reconozcan en nuestra sociedad, una sociedad en la que se fomentaran los valores cívicos derivados del cuidado al otro, de los vínculos con los otros, la reciprocidad, el reconocimiento de una misma dignidad, acentuando así la idea del "nosotros" y la articulación de políticas públicas de solidaridad y, sobre todo, fomentar la humildad moral en la esfera pública e incorporar a los mayores a la agenda pública política desde otro lugar, desde otra reivindicación mucho más humana, que nos constituirá en una sociedad inclusiva, integradora y fraterna.

## V. Bibliografía

- COMITÉ DE BIOÉTICA DE ESPAÑA (2020), *Informe sobre los aspectos bioéticos de la priorización de recursos sanitarios en el contexto de la crisis del coronavirus*, 25 de marzo, véase en <http://assets.comitedebioetica.es/files/documentacion/Informe%20CBE-%20Priorizacion%20de%20recursos%20sanitarios-covid-19.pdf>
- COMITÉ DE BIOÉTICA DE ESPAÑA (2020), *Declaración sobre el derecho y deber de facilitar el acompañamiento y la asistencia espiritual a los pacientes con covid-19 al final de sus vidas y en situaciones de especial vulnerabilidad*, 15 de abril, véase en [http://assets.comitedebioetica.es/files/documentacion/CBE\\_Declaracion\\_sobre\\_acompanamiento\\_COVID19.pdf](http://assets.comitedebioetica.es/files/documentacion/CBE_Declaracion_sobre_acompanamiento_COVID19.pdf)
- GARCÍA, JMP. (2020), "COVID-19 en residencias de mayores: una asignatura pendiente", en *Enfermería Clínica*, doi: <https://doi.org/10.1016/j.enfcli.2020.05.015>
- GARRAU, M. (2018), *Politiques de la vulnerabilité*, Paris, CNRS, 2018, 368 pp.
- GRUPO DE ATENCIÓN DOMICILIARIA COVID-RESIDENCIAS (2020), *Qué hemos aprendido (errores y aciertos)*, Valladolid, Iglesias Comunicación.
- HABERMAS, J., (2020): "Nunca habíamos sabido tanto acerca de nuestra ignorancia", en AA.VV., *Covid19*<sup>2</sup>, MA Editores, abril, pp. 116-128.
- HEIDEGGER, M., (2003): *Ser y tiempo*, Editorial Trotta, Madrid.
- INSTITUT FÜR KIRCHLICHE ÄMTER UND DIENSTE (2020), "La pandemia del Corona en el espejo de la teología. Diálogo con Karl Rahner sobre miedo y confianza", en <https://www.kath-kirche-kaernten.at/dioezese/detail/C2489/die-coronapandemie-im-spiegel-der-theologie>, en AA.VV., *Covid19*<sup>4</sup>, MA Editores, pp. 14- 19.
- MARCEL, G. (2004): *Obras selectas, vol. II*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
- MARCOS DEL CANO, A.M., (2007), "Una visión orteguiana del fundamento del derecho a la vida", en *Derechos y Libertades*, nueva época, n. 16, enero, pp. 83-99.
- MARCOS DEL CANO, A.M. (ed.), (2020): *En tiempos de vulnerabilidad: una reflexión sobre los derechos humanos*, Dykinson, colección Bioética para pensar, Madrid.
- MARCOS DEL CANO, A.M. (2020): "La vulnerabilidad como criterio normativo para el derecho y las políticas públicas", en MARCOS DEL CANO, A.M. (ed.), (2020): *En tiempos de vulnerabilidad: una reflexión sobre los derechos humanos*, Dykinson, colección Bioética para pensar, Madrid, pp. 13-29.
- MARTÍN SÁNCHEZ, I., (2020): *Los cuidados paliativos: un estudio jurídico*, Dykinson, colección Bioética para pensar, Madrid.
- NUSSBAUM, M., (1995): *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y filosofía griega*, trad. de A. Ballesteros, La Balsa de la Medusa, Madrid, 1995.
- NUSSBAUM, M., (2020): "La pandemia ha reactivado el deseo de una democracia social", en AA.VV., *Covid19*<sup>4</sup>, MA Editores, abril, pp. 201-203
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004), *Obras completas*, vol. II, Fundación Ortega y Gasset, Editorial Taurus, Madrid.
- TARAZONA-SANTABALBINA, F. J., MARTÍNEZ-VELILLA, N., VIDÁN, M. T., & GARCÍA-NAVARRO, J. A. (2020), "COVID-19, adulto mayor y edadismo: errores

que nunca han de volver a ocurrir" [COVID-19, older adults and ageism: Mistakes that should never happen again]. En *Revista española de geriatría y gerontología*, S0211-139X(20)30059-7. Advance online publication. <https://doi.org/10.1016/j.regg.2020.04.001>

TOURAINÉ, A, (2020): "Esta crisis va a empujar para arriba a los cuidadores", en AA.VV., *Covid19<sup>4</sup>*, MA Editores, abril 2020, pp. 141- 145.

VÉLEZ, C., (2020): "Esta situación nos confronta con la limitación humana, con nuestra vulnerabilidad", en AA.VV., *Covid19<sup>2</sup>*, MA Editores, abril 2020, pp. 16-20.